

sordas á los gritos de su deber, de su conciencia, y solo obedecen en todas las acciones de su vida al más vil interes, á la más repugnante ambicion.

Quedáronse atónitos los consejeros al oír á Guatimotzin expresarse con tanta acritud delante de su soberano.

El mismo Iztacpalapa, acostumbrado como todos los soberanos al lenguaje de la adulacion, comprendió que aquel era un hombre superior á él, y no supo qué contestar.

Guatimotzin, que como en semejantes casos sucede, no podia ya retroceder, añadió con arrogancia:

— Y bien, ¿qué resuelves?

— Que te pongas al frente del ejército, y que demuestres en el combate esa arrogancia, ese valor, de que tan inconvenientemente haces alarde en estos momentos.

Después de recibir las órdenes para que todas las tropas del imperio le obedeciesen, salió Guatimotzin para dar comienzo á los preparativos de la batalla que debia empezar al dia siguiente.

CAPITULO LX.

Un combate mas.



ENAS amaneció, distribuyó Guatimotzin su ejército en las azoteas de las casas, cortó los puentes, y tomó todas las avenidas que conducian al paraje en que se hallaban los españoles.

Un momento despues comenzó á hostilizarlos.

Hernan Cortés montó á caballo, y al frente de sus escasas fuerzas se lanzó sobre los mexicanos.

La lucha tenia lugar en las calles, y como es natural, habiendo tomado los mexicanos las azoteas y las ventanas descargaban desde allí una lluvia de flechas y de piedras sobre las huestes del ilustre caudillo; lluvia que en algunos momentos oscurecia la luz del sol.

Los mexicanos peleaban con más denuedo, con más ardor, con más decision que nunca.

Pero los españoles, con sus caballos y las armas de fuego, arrollaban á cuantos encontraban al paso.

En lo más encarnizado de la pelea, una flecha atravesó la mano derecha del ilustre caudillo.

Sin desmayar por esto, afianzó la rienda en el brazo herido, y tomando una lanza, continuó á la carrera diezmando á los indios que se oponian á su paso.

Escobar le seguia con la tropa de su cargo.

Los indios que se iban quedando atrás por apartarse de los

caballos, se arrojaban medio vencidos sobre la infantería, que trabajaba poco en acabarlos de vencer.

Hernan Cortés, con un valor que rayaba en temeridad, se adelantó muchísimo de los que le acompañaban, y cuando conoció lo imprudente de su arrojó y quiso retirarse, estuvo á punto de perder la vida, porque el grueso del ejército mexicano corría á darle alcance.

Comprendiendo que si perdía la vida comprometía la victoria de sus soldados, creyendo hallar ménos oposicion, tomó otra calle, y á pocos pasos encontró una numerosa partida de indios, que llevaban preso á su amigo Andrés del Duero.

Habia caído de su caballo.

Los indios se apoderaron de él para conducirlo al teocali mayor y sacrificarle en aras de los dioses.

Embistió con ellos animosamente.

Atropellando la escolta puso en confusion á los demas.

Andrés del Duero tuvo la suerte de que al desarmarle los indios le dejasen por descuido un puñal.

Al ver que Cortés acudía en su auxilio, se desembarazó de los que le rodeaban, y como los de la escolta huyeron, quedó en libertad.

Asestando su puñal sobre cuantos mexicanos hallaba á su alcance, logró recobrar su lanza y su caballo.

Uniéndose á su salvador, atravesaron la calle á galope tendido, rompiendo por entre las tropas enemigas hasta llegar á incorporarse con los suyos.

Como se ve la Providencia se interesaba siempre por el ilustre caudillo de los españoles.

Hasta cuando se separaba de los límites que le marcaba la prudencia, encontraba favorables resultados.

Una de las cosas que más aterrorizaron á los indios, fué que los españoles, reuniendo grandes troncos de árboles y hacinándolos delante de las casas que ocupaban les prendieron fuego

no tardando en ser presa de las llamas los edificios que ocupaban.

Desesperados, se arrojaban desde las azoteas y las ventanas.

Otros, consternados, no sabían qué hacer, y eran presa de las llamas.

Los más decididos, los que se atrevían á abandonar sus guaridas, hallaban una muerte segura en las picas y en las lanzas de los españoles que rodeaban las casas.

—Lo que más indignó á los infelices indios, fué el asalto de su templo, que también fué convertido en cenizas.

Hemos dicho ántes que la Providencia protegía la causa de los españoles, y sólo así se explica que dada la posición que ocupaba el teocali y los numerosos mexicanos que le defendían, pudieran asaltarle los españoles y desalojar á sus enemigos.

Las calles de México estaban cubiertas de cadáveres.

Las llamas que producían los edificios incendiados, los ayes de los moribundos, los juramentos de los heridos, el griterío de los que aún peleaban, todo aquel conjunto componía un cuadro tético, doloroso, desgarrador.

Los mexicanos que habían sobrevivido á la lucha huían des-pavoridos.

La noche se aproximaba, y Hernan Cortés creyó oportuno suspender las hostilidades, retirándose á su cuartel para defenderle de cualquiera tentativa de los enemigos.

Desgraciadamente para él, acudía tarde.

Los pocos españoles que habían quedado defendiéndole tuvieron que abandonarle al ver aproximarse multitud de indios.

Tuvieron tiempo, sin embargo, para recoger las municiones y las armas que en él había, y para salvar su vida.

Estas noticias las supo Cortés por el que había quedado capitaneando aquellas fuerzas, y que llegó felizmente á incorporarse con él cuando se aproximaba al cuartel.

Es incalculable el número de los mexicanos que perecieron en aquel memorable día.

Lo que es indudablemente milagroso, es que los españoles no tuvieron un solo muerto, y sí solo unos pocos heridos y algunos contusos.

Asombró tanto á los mexicanos el asalto del adoratorio, que los pintores que acompañaban siempre á su ejército trasladaron fielmente al lienzo las peripecias del combate, sin olvidar el más pequeño detalle referente al incendio y á la ruina de los torreones.

Bien es verdad que estas pinturas representaban para ellos los documentos históricos, y consideraban como un delito grave engañar á la posteridad.

Cuando más tarde pudo Cortés ver estas pinturas, notó, sin embargo, que la parcialidad imprimía sus huellas en la ejecución del dibujo.

Figuraban en el cuadro muchos españoles muertos y heridos, como dando á entender que si habian obtenido la victoria, habia sido á costa de grandes pérdidas.

Esto demuestra la parcialidad con que en todos tiempos se ha escrito la historia, y viene á confirmar la creencia de que la pluma ó el pincel trazan generalmente, no la verdad de los hechos, sino las simpatías ó las creencias de los que las impulsan.

Hernán Cortés, que á pesar de la brillante victoria que acababa de obtener, no queria gastar sus fuerzas en luchas estériles, antes de que cerrase la noche, envió emisarios á Guatimotzin para que acatase los tratados de Moctezuma.

CAPITULO LXI.

La diplomacia en aquellos tiempos.



PRESENTÁRONSE los emisarios á Guatimotzin, y al saber éste el objeto de su embajada:

—Decid á vuestro caudillo, exclamó, que no podemos acatar lo pactado por un monarca que con su debilidad ha sido traidor á su patria. Miétras quede un solo mexicano, luchará con los invasores; y por lo tanto, podeis volver á noticiar á vuestro jefe mi resolución.

—Pensad, dijo uno de los embajadores, que una nueva lucha os será aun más funesta que la anterior, puesto que ya se ha debilitado considerablemente el número de vuestras fuerzas.

—Ya os he dicho ántes que miétras aliente un solo mexicano, ese solo procurará vengar á sus hermanos.

Al ver tan terminante negativa, se retiraron los enviados á poner en conocimiento de Cortés el resultado de la mision que les habia confiado.

Apénas supo la determinación del cacique, y viendo que no le quedaba otro recurso que adoptar, aprovechó la noche en prepararse para una nueva lucha.

Al dia siguiente tuvo otro encuentro con los mexicanos.

No haria una hora que habia comenzado, cuando al ver éstos los desastres que sufrían, hicieron señas pidiendo un armisticio.

Enviaron á Guacolando para tratar las bases de la paz.

Su objeto, al dar este paso, era ganar tiempo para que pu-

dieran llegar los refuerzos que esperaban para engrosar sus filas.

Aun se hallaba conferenciando Hernan Cortés con Guacolando, sin haberse decidido todavía á acceder á lo que le suplicaban sus contrarios, cuando llegó un emisario que le enviaba Velazquez de Leon.

Supo que éste acababa de entrar en Tezcuco, y deseó, como era natural, saber las nuevas que le traia su enviado.

Mucho halagaba al caudillo de los españoles la noticia de que en dicha ciudad gozaba de gran prestigio.

En las instrucciones que envió al capitán Velazquez le indicó la conveniencia de fomentar el afecto que le tenían, recomendándole eficazmente que pidiese al hijo de Othalitza, que allí reinaba y que debía su trono á la influencia que en su favor habia ejercido, le mandase refuerzos con que poder hacer frente á los mexicanos.

En la seguridad de que el joven soberano de Tezcuco se apresuraria á complacerle, concedió la tregua que pedian los mexicanos, ofreciendo estudiar las bases de una paz conveniente para los dos ejércitos beligerantes.

Guacolando se retiró para dar cuenta á Guatimotzin de la mision que le habia confiado.

Hernán Cortés despachó al enviado de Velazquez, y dispuso le acompañase fray Bartolomé de Olmedo, á quien dió tambien instrucciones verbales acerca de la conducta que debian observar con los habitantes de Tezcuco.

Al despedirse del religioso:

—Nada tengo que advertiros, le dijo, respecto á mi propósito al enviaros allí. Sabeis la alta mision que aquí hemos venido á cumplir; habeis sido mi más poderoso auxiliar para propagar la civilizacion en estos países, para destruir el error y hacer comprender á los que en él vivian la pura luz del cristianismo, y espero de vuestro celo, de vuestras virtudes y de vuestra ilus-

tracion, que continuareis con feliz éxito ejerciendo vuestro sagrado ministerio.

Despidiéronse los expedicionarios.

No tardaron en llegar á reunirse con Velazquez de Leon.

El padre Bartolomé de Olmedo fué acogido benévolamente por los tezcucanos, porque la dulzura de su carácter, lo venerable de su figura y la amabilidad con que trataba á todos, le granjeaban el aprecio de cuantos le conocian.

Como era natural, despues de visitar al soberano, de comunicar á Velazquez las instrucciones que llevaba de Hernan Cortés, fué á ver á Miazochil, la desgraciada esposa del infortunado Moctezuma.

La antigua soberana de México no hallaba consuelo á su desgracia, y fray Bartolomé de Olmedo, que no desperdiciaba ninguna ocasión para convertir al catolicismo á los habitantes de los países que recorría, comenzó á trabajar para hacer que Miazochil ingresase en el gremio de la religion de Jesucristo.

—Veo que sufrís, le dijo, y un deber imperioso me obliga á manifestaros que vuestros padecimientos pueden cesar bien pronto.

La esposa de Moctezuma fijó sus ojos en él, y con melancólica dulzura:

—¡Ah! No lo creais: cuanto más tiempo pasa, más acerbo es el dolor que experimento por la pérdida que he sufrido. En vano trato de hacerme superior á la pena que me devora; en vano busco en el recuerdo de otros dias más felices algun consuelo á la afliccion que llena mi alma; en vano imploro á los dioses, y todo me hace creer que dentro de breves dias abandonaré esta vida, que tan odiosa me es desde que ha dejado de existir mi querido compañero, mi esposo Moctezuma.

—Decís que habeis implorado consuelos á vuestros dioses, y que no habeis logrado resultado alguno. Es natural que esto sucediera. ¿Qué puede esperarse de unos dioses que necesitan

que perezcan en sus aras infinitas víctimas para aplacar sus iras y dispensar sus beneficios? El Dios que nosotros adoramos, el único verdadero, es un Dios de bondad, de paz, de misericordia, de caridad. Los que á él acuden siempre le hallan propicio á consolarles, y sólo les pide en cambio fe en su omnipotencia, esperanza en su bondad, confianza en su inagotable caridad.

Creedme, Miazochil; abjurad del error en que vivís, abrazad la religion cristiana; yo os instruiré en sus infinitos misterios, y no lo dudeis, si vuestro arrepentimiento es sincero, si recibís el agua del bautismo, la misericordia infinita del que todo lo ha creado os acogerá en el seno de la Iglesia; vuestros pesares cesarán, y entrareis á disfrutar una nueva vida, vida que no tendrá comparacion, por lo feliz, ni aun con los dias más venturosos que en otro tiempo os sonreían.

Miazochil escuchaba con atencion las palabras del virtuoso sacerdote; pero sus creencias se rebelaban ante la idea de abrazar otra religion diferente de la que hasta entónces habia profesado.

Fray Bartolomé, para convencerla más y más, añadió:

—Pensad si la omnipotencia del Dios verdadero será inmensa, cuando todo lo que existe es obra de su sola voluntad. El cielo, el sol, la tierra, las aves, los peces, los animales, el mundo, en una palabra, todo lo hizo en siete dias. En cambio vuestros dioses, ¿qué han hecho? Destruir, exterminar, sacrificar á millares de víctimas.

Las palabras del misionero hallaban cada vez más eco en el corazon de la india.

—¿No os dicen nada, prosiguió el padre Olmedo, las victorias que hemos conseguido sobre vuestros hermanos en todos los combates que han tenido lugar, á pesar de lo escaso de nuestro número? Pues todas ellas las debemos á la proteccion, á la omnipotencia, á la intervencion divina.

Este último argumento convenció á Miazochil.

—¡Ah! Sí, creo todo lo que me decís, porque me parece desde que os escucho que mi corazon se ensancha, que se abren nuevos horizontes á mi vida.

El piadoso misionero, ébrio de alegría por la conversion que acababa de hacer, dispuso lo necesario para el bautizo de la india.

Se improvisó un modesto altar, los españoles acudieron á la ceremonia, y tres horas despues aumentaba la india el número de los cristianos, recibiendo el nombre de María de la Gloria.

Tambien recibieron el agua del bautismo sus dos hijos, poniéndoles por nombre Juan y Pedro.

Terminado este acto solemne, Miazochil se retiró á su poblacio.

¡Arcanos de la Providencia!

¿quién habia de decirle que no llegaria á disfrutar los inefables consuelos del cristianismo!

Veamos lo que pasó.